

El león de Tarragona

«¿V E usted esta servilleta de papel?», dijo el camarero tomando una del servilletero que había sobre el mostrador y transportándola suavemente en el aire. "Pues así llevaba el león al turista francés". Estuve el domingo en Río-León Safari Park, a pocos kilómetros del pueblo de El Vendrell, en la provincia de Tarragona, la reserva de fauna salvaje donde, por primera vez en territorio español, murió un hombre entre las fauces de un león. Hoy es cada vez más posible morir en España en accidente de carretera o morir de un infarto como consecuencia del cada vez más angustioso ajeteo de la vida. También se puede morir atacado por los lobos, como acaba de suceder en Galicia y en las montañas leonesas.

Dicen que el rey Favila murió devorado por un oso, pero no se recuerda a nadie que en esta Península pereciera comido de leones. ¿Hubo alguna vez leones en España? Tal vez los hubo en tiempos prehistóricos. Históricamente hablando, el único león que se recuerda fue el que escapó de la jaula donde estaba encerrado, en el palacio del Cid Campeador en Valencia, causando el pánico de los infantes de Carrión, los cuales, como dice Francisco de Quevedo en su jocoso romance, hicieron de su miedo "saboras a sus bragas". Rieron de buena gana el incidente los leales burgaleses que acompañaban al Cid, y el Campeador en persona, con vigoroso brazo, redujo finalmente a la fiera. El turista francés que, hace diez o doce días, se apeó del coche con el propósito de fotografiar a un león que estaba sentado junto a la carretera que discurre por el interior de la reserva no tuvo miedo como lo tuvieron los infantes leoneses. Pero no tenía la fuerza legendaria del Cid y fue arrastrado por la fiera.

La finca donde se ha instalado la reserva que lleva el nombre de Río-León Safari Park —el visitante buscará en vano el río o arroyo que justifique el nombre— está situada en el término del pueblo de Albiñana, al que se llega tomando un desvío a cuatro kilómetros en la carretera que desde El Vendrell conduce a Valls. La reserva está metida en una hoya entre colinas, en una de las cuales hay bares, restaurantes, tiendas de "souvenirs" y otras instalaciones turísticas. El paisaje es muy hermoso, poblado de olivos, algarrobos y algunos pinos en una tierra de color ocre y pardo que padece, como a todo lo largo del litoral tarraconense y barcelonés, una acusada falta de agua. En la falda de las colinas pueden verse los «marges», los muros de piedra contruidos de antiguo para sostener las terrazas de cultivo mediante las que el campesino trató de aprovechar al máximo las posibilidades de una tierra pobre. En aquel paisaje tan característicamente tarraconense donde, en el capítulo de

animales salvajes, no se vio nunca mucho más que algún escorpión o alguna víbora, hay ahora cebras y jirafas, monos mandriles y osos pardos, rinocerontes y leones. Desde el punto de vista zoológico, la reserva está bien, tanto por el número de animales —hay más de treinta leones y una cincuenta de osos— como por la amplitud de las parcelas dedicadas a las distintas especies. Hay además, en la colina que domina la finca, un delfinario, un jardín zoológico con animales pequeños, entre ellos cachorros de león que pueden adquirirse al precio de veinte mil pesetas y mantener en la propia casa hasta la edad de cinco meses en que empiezan a ser peligrosos, y una jaula de circo donde un domador alemán hace dos veces al día con sus leones lo que en los carteles se anuncia como "El Show de los Grandes Felinos".

La "decoración" del lugar es un poco ingenua y pone de relieve cierta notable falta de imaginación por parte de los organizadores. A pesar de los olivos y de los algarrobos y de los pinos, han pretendido imitar el "ambiente africano". Por ejemplo, las construcciones en que en invierno se refugian



del frío las jirafas están pintadas con horribles figuras de "arte negro" de colorines. El bar donde usted se toma una cerveza es, cómo no, una tienda de poblado africano con techo de paja. Las lámparas y adornos del restaurante representan figuras que parecen de escultura negra. Precisamente, piensa uno, lo notable de esta reserva es el hecho de que se encuentre en Tarragona y no en Kenia. Y esto es lo que la ambientación debería resaltar. Para cualquiera que, como para mí, este agreste y seco paisaje mediterráneo sea el paisaje familiar de la infancia, resultará fascinante encontrarse a un león descansando bajo un olivo o a un rinoceronte junto a un avellano.

Era impresionante ver al león, con la cabeza erguida, a dos metros del coche, abriendo las terribles fauces para bostezar largamente. Se levantó luego pesadamente y cruzó muy despacio la carretera por delante del

coche. El rostro del león es de una total seriedad. No hay bromas con él. No tiene sentido del humor ni le conviene tenerlo. Se niega a todo diálogo. Si usted sale del coche y se acerca a él para fotografiarlo, el león le come y se queda tan tranquilo. Si no mantiene cerrada la ventanilla, de un zarpazo puede arrancarle la cabeza. No sirve de nada decirle, mire usted, es que en este pueblo no tenemos agua y estábamos cansados de tanta sequía; o es que me puse nerviosa y cogí un cuchillo; o bien, lo único que hicimos en el periódico que nos cerraron fue desmentir un rumor que estaba en la calle.

"Pensó que los leones eran de goma y se bajó del coche", dijo un vendedor de postales y "souvenirs" cuando le saqué la conversación del turista francés muerto hace unos días. El guarda que estaba a la entrada de la reserva me explicó cómo se produjo la muerte del turista. Había en el suelo un trapo polvoriento, de color verde, y el guarda lo señaló y dijo: "Todavía hay aquí un trozo de la camisa que llevaba". Al parecer, el francés se bajó del coche y se aproximó al león que estaba bajo un olivo. Se arrodilló en el suelo para fotografiarle de cerca. El león estaba quieto mirándole. En un momento dado rugió y el turista, sin abandonar su postura de rodillas, retrocedió hacia el coche. Entonces, el león, de un zarpazo, le destrozó el cuello y se lo llevó (como yo me llevo esta servilleta de papel, me dijo el camarero) hacia los árboles del fondo. Acudieron otros leones para repartirse la presa con el primero. Un guarda me dijo que la esposa del turista salió del coche y corrió hacia los leones, para intentar salvar a su marido. "Si no la retenemos se la comen también a ella". Los guardas no estaban armados. Ahora, después de este accidente, les han dado unas escopetas de las que se emplean para cazar conejos que, aunque no sirven para matar a un león, pueden asustarlo. Les pregunté si no tenían allí escopetas de las que sirven para lanzar dardos impregnados en algún producto que duerme a los leones. Dijeron que solamente el jefe de la reserva tenía una de estas armas pero que en un caso como éste no servían, porque el animal al que se ha lanzado un dardo tarda media hora en quedar dormido. Sólo consiguieron los guardas arrancar el cuerpo del turista de las garras de los leones embistiendo a los animales con el "jeep" que utilizan como coche-patrulla a fin de apartarlos de su presa. El turista no murió en la reserva, según dijeron, sino en el hospital de Tarragona, dos días más tarde.

Así es Río-León y esta es la historia del temerario francés que se atrevió a desafiar la ley del león, el rey de la selva, trasplantado a Tarragona desde lejanas tierras. ■
LUIS CARANDELL.